

Enseñar la ética y el desarrollo en la Universidad en la era planetaria

Magíster François Vallaëys
Responsable del curso de Ética y Gerencia social
en la Maestría en Gerencia Social
de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Un reto ético:

Nuestra era de acciones globales con repercusiones sistémicas de las decisiones y acciones emprendidas pide manejar una visión sistémica de la responsabilidad. Ya no estamos en un mundo de acciones meramente locales con interlocutores copresentes y consecuencias limitadas en el tiempo y espacio. La responsabilidad ya no se puede limitar a la persona o el pequeño grupo y la visión al futuro y entorno inmediatos. La responsabilidad, en la era de la tecnociencia planetaria, no es sólo individual sino social y global, porque muchos de los daños lo son, como es el caso de los daños ecológicos, los riesgos nucleares, las crisis financieras, etc.

Esta nueva responsabilidad pide una **nueva sensibilidad ética por lo ajeno y abstracto** (sensibilidad frente a lo que puede suceder en otra parte del mundo, sensibilidad frente a lo que las cifras estadísticas significan). El progreso ético, durante los últimos siglos, condujo a la superación de la moral particular de grupo y dependiente de una visión religiosa del mundo, hacia un universalismo humanista, laico y transcultural. Hoy en día, se trata de hacer de este humanismo universalista una nueva sensibilidad al mundo, vasto y complejo, entretelado de estructuras y reacciones en cadena que, por muy abstractas que puedan aparecer cuando uno las explica, deben de tener la misma capacidad de llamarnos la atención y la compasión como lo que sucede en nuestra casa o nuestro barrio. El espíritu ilustrado del siglo XVIII enfrenta aquí un nuevo reto de hacerse cercano y empático a lo más alejado y abstracto.

Un problema filosófico:

Esto no puede sino significar una superación de la visión científicista y positivista del mundo que nos trajo la revolución industrial, y que hace del entorno un mero conjunto inanimado de cosas objetivadas en el cual se movilizan los sujetos humanos, únicos dueños de atributos valorados como son el pensamiento y la voluntad. Se trata de reenseñar el respeto por "los seres" en una época no animista ni religiosa. Se trata de abandonar una visión técnica del mundo como un algo "a disposición" del poder de la tecnología y del querer humano, un algo neutral "manipulable" a voluntad. Proyecto difícil en la era de la ciencia que ha elevado el ser humano al rango de "sujeto libre" de su vida, transformando por esta misma razón lo que rodea ese sujeto en objetos.

¿Cómo, sin abandonar la visión humanista del sujeto, reencontrar un vínculo con el mundo como algo más y diferente que un mero objeto manipulable, y sin volver a figuras premodernas de la realidad (cosmovisiones mítico-religiosas) condenadas como obsoletas por la misma ciencia? He aquí el problema filosófico fundamental que yace debajo del reto ético contemporáneo, y que, por ejemplo, está detrás de las problemáticas de la ética ecológica cuando reivindica la posibilidad de pensar un "derecho" para las plantas o los animales, lo que conlleva la idea de una limitación de la libertad humana a favor del respeto de seres no humanos (plantas o animales, ecosistemas, etc.). ¿Sobre qué fundar un tal respeto? Las generaciones futuras? ¿La compasión por la existencia del árbol o de la nutria? ¿La visión astuta y utilitarista del máximo provecho de la vida gracias al desarrollo sostenible? Y ¿qué contestar a aquél que nos responde: "A mí, todo esto no me importa"?

Un problema universitario:

La Universidad, en su doble papel de formación de las futuras elites de la sociedad y de ilustración de los decidores del presente, tiene que poder relevar y resolver este desafío. Pero ¿Qué tan preparada está la universidad para asumir esta evolución? No podemos sino constatar que las fuerzas reactivas que quieren mantener el *status quo* son todavía muy poderosas en la Universidad, que tiene de por sí la desventaja de ser una institución que asocia poder y saber, lo que no facilita las dinámicas de cambio.

Dentro de estas fuerzas reactivas, es preciso notar:

- La fragmentación de los saberes, basada en una organización universitaria por carreras y especialidades, que dificultan mucho la práctica de la Inter y trans-disciplinariedad, que necesita el enfoque de capital social, ética y desarrollo.
- La presión mercantilista de la sociedad actual que sólo vende a los jóvenes el éxito personal del competidor contra los demás como modelo de vida. (En la época en que nunca antes como hoy, la potencia humana hace que las consecuencias de los actos locales son globales, vivimos la paradoja de que nunca antes como hoy se ha criado a los niños y jóvenes en un individualismo tan feroz y ciego!). Este modelo dominante termina haciendo pasar el hecho de ganar dinero de necesidad a único deseo, y de medio a fin, en concordancia con la monetización creciente de casi todos los aspectos de la vida cotidiana.
- La colaboración de la mayoría de las Universidades con este modelo mercantilista que terminan, a fin de atraer a los estudiantes ahora "clientes", dirigiendo los esfuerzos académicos y de investigación hacia la colocación de la mayoría de sus estudiantes en los mejores puestos de trabajo. Cuando es el mercado que fija el prestigio de una Universidad, es difícil resistir a la tendencia de transformar la investigación en consultorías y mantener un enfoque humanístico y solidario en la formación de los futuros profesionales en feroz competencia.

¿Cómo promover una acción educativa que dé al joven la conciencia global y compleja, podríamos decir "ecológica", que él necesita para comprender lo que significa el desarrollo equitativo, y que le dé además el afán de participar como ciudadano responsable y solidario en su ámbito local para resolver los problemas e injusticias a su alcance?

Sin pretender responder del todo a esta difícil y urgente pregunta, quisiera resaltar los siguientes 5 puntos:

1. Es imprescindible, a nivel epistemológico como organizacional, **enseñar lo que E. Morin llamó el pensamiento complejo**, una visión sistémica no simplificadora de la realidad, y esto necesita rediseñar la institución universitaria para lograr este propósito. Es preciso “desfragmentar” los saberes, que los estudiantes puedan trabajar más a partir de problemas interdisciplinarios como son los de "Desarrollo sostenible". Es necesario ser honesto y afirmar a los estudiantes que, hoy en día, cualquier especialidad que no sabe colaborar con otras no es más que “saber ciego”, es decir un nuevo tipo de ignorancia sabia y experta, potencialmente dañina para el mundo.
2. Es imprescindible, en un mundo multicultural, y especialmente en países latinos donde conviven muchos grupos étnicos, raciales, socioeconómicos muy dispares, **enseñar a los estudiantes “el otro”**, quién es él o ella, cómo construye su propia realidad (al igual que nosotros la construimos sin darnos cuenta) y cómo el otro nos trata como su otro. La relativización de la propia cultura y la lucha contra el etno-socio-centrismo a través de la promoción de una visión plural “etnológica” de las diversas maneras de ser e inventarse humano, es una necesidad para que los jóvenes puedan ser agentes de desarrollo solidario y no reproduzcan más el imperialismo cultural disfrazado detrás de la ambigua noción de “Progreso” y la sospechosa sobrevaloración de lo que se llama vulgarmente “la Ciencia”. No hay riesgo de caer con esta relativización cultural en un relativismo epistemológico, sino que se trata de hacer concebir la “razón” no como un ente substancial y separado, sino como un proceso colectivo intersubjetivo de diálogo y consensos, tal como la filosofía del siglo XX nos invitó a pensarlo.
3. Es provechoso trabajar con los estudiantes en base a ejemplos y situaciones lúdicas virtuales, como para demostrarles en la práctica la ineffectividad de los juegos de suma nula a nivel social y global, es decir de estos juegos en los cuales si yo gano, tú pierdes y viceversa. El **juego del desarrollo es al contrario un juego solidario por excelencia**, en el cual el afán de querer ganar contra el otro hace perder a todos, y sólo si el otro gana también puedo considerarme como ganador. Es muy útil, en este sentido, hacer ver al estudiante cómo la ética y la promoción del capital social son, al final, el único método eficaz y racional de organización social. Así la ética deja de ser un conjunto de bellas palabras utópicas y se transforma en estrategia eficiente de progreso social.
4. Es importante también, desde el aula y la vida cotidiana estudiantil, **hacer de la universidad misma una escuela de democracia y**

ciudadanía responsable. Más que de cursos específicos de ética y democracia, lo que necesitamos son de jóvenes acostumbrados desde temprano a la democracia y participación interactiva en la construcción del saber, del aprendizaje y de la opinión, jóvenes ciudadanos con hábitos democráticos de diálogo, consenso y preocupación por el destino global del planeta, adquiridos desde la escuela.

5. Finalmente, last but not least, es posible como profesores tener una **influencia pedagógica directa sobre la sensibilidad ética** de los estudiantes, que pasa por métodos y enfoques más corporales y psicoemocionales que intelectuales y mentales. Sin duda, buena parte de las dificultades actuales de educación de los jóvenes viene de una visión reduccionista de la enseñanza escolar, bajo un paradigma “logocrático” (poder al solo logos), olvidando y caricaturizando al cuerpo humano como mera máquina tras siglos de cartesianismo. Sin embargo, la problemática ética depende de la sensibilidad y la emoción más que del entendimiento, precisa capacidad empática para que el individuo pueda “extender” su sensibilidad ética (como decía el filósofo chino Mencio) a todo lo que, por ignorancia o falta de sensibilidad, sigue soportando sin sentir pena ni compasión. Tal desarrollo personal pasa por **trabajar con y desde el cuerpo** (relajación, meditación, dinámicas somáticas en grupo, ejercicios de escucha y plenitud de conciencia, etc.). Al contrario, vivimos actualmente una dramática desensibilización y virtualización frente a los problemas éticos, que se acompaña de una sobrecarga de informaciones mediáticas, alejamiento de los problemas reales y falta de vínculo personal con ellos.

El debate está abierto, no puede dejar de serlo, porque se trata de nuestro futuro común y de nuestro presente de seres humanos. Implica muchos cambios en la Universidad, y como todo cambio da miedo, implica muchas resistencias, y lo peor, resistencias disfrazadas detrás de discursos morales muy estéticos pero poco eficaces, salvo para poder darnos buena conciencia de modo barato. Quizás es por eso que, a nosotros los dirigentes y docentes universitarios, nos vendría bien una pequeña crisis de mala conciencia, como para empezar a emprender el camino hacia la formación de verdaderos profesionales éticos comprometidos con el desarrollo de su país.

F. Vallaey
Montevideo, 18 de diciembre del 2003